

El Amor una aproximación al pensamiento de Sartre

Love an approach to the thought of Sartre

Blanco Navarro, Sofia Marianela¹

Instituto Superior de Formación Docente “José Manuel Estrada”

Corrientes, Argentina

blancosofia188@gmail.com

Resumen

Este artículo se propone reflexionar sobre la concepción del amor en Jean-Paul Sartre a partir de su obra *El ser y la nada*. A través de un recorrido por las citas más reveladoras del autor, intentaremos comprender cómo el amor se presenta como una *paradoja existencial* que revela tanto la necesidad como el conflicto de ser para otro. Lejos de una visión romántica o idealizada, Sartre plantea el amor como un proyecto lleno de tensiones, donde deseamos desesperadamente ser amados, pero también dominar la libertad del otro sin que este deje de ser libre. Este trabajo busca exponer cómo el deseo amoroso nace de una angustia radical y cómo cada persona, al amar, se enfrenta a su propia subjetividad, proyectándola sobre el otro en un juego de espejos interminable, donde el deseo, el miedo, la entrega y la pérdida coexisten de manera desgarradora.

Abstract

This article aims to reflect on Jean-Paul Sartre's conception of love based on his work *Being and Nothingness*. Through a journey through the author's most revealing quotes, we will try to understand how love is presented as an existential paradox that reveals both the need and the conflict of being for another. Far from a romantic or idealized vision, Sartre presents love as a project full of tensions, where we desperately wish to be loved, but also to dominate the freedom of the

¹ Estudiante del Profesorado de educación secundaria en Filosofía del Instituto Superior de Formación Docente “José Manuel Estrada”.

other without the other ceasing to be free. This work seeks to expose how the desire for love is born of a radical anguish and how each person, in loving, confronts his or her own subjectivity, projecting it onto the other in an endless game of mirrors, where desire, fear, surrender and loss coexist in a heartbreaking way.

Palabras clave

Amor. Deseo. Libertad. Entrega. Pérdida.

El amor una aproximación al pensamiento de Sartre

Amor, tal como lo desmenuza Jean-Paul Sartre, no se parece en nada al ideal con el que crecimos. No es la promesa de una fusión feliz, ni un refugio cálido frente al vacío del mundo. Es, por el contrario, una escena de combate entre dos libertades. ¿Y qué buscamos en el amor sino una forma de dejar de ser lo que somos, por un momento, para fundirnos en el otro sin disolución completa, sin desaparecer del todo? El amor nos arrastra al vértigo de querer poseer sin encadenar, de entregarnos sin perder nuestra identidad, de ser elegidos sin ser reemplazables. Es deseo, pero también miedo. Es esperanza y, al mismo tiempo, una amenaza. Esa amenaza radica en que el amor, al implicar una entrega profunda al otro, nos expone a perder nuestra autonomía, a depender de su mirada para afirmarnos, y a vivir bajo el temor constante de no ser elegidos o de ser reemplazados; en otras palabras, el amor amenaza con desestabilizar nuestra libertad y revelar nuestra fragilidad.

“Es cierto, pues, que el amor quiere cautivar la ‘conciencia’. Pero ¿por qué lo quiere? ¿Y cómo?” (Sartre, 2003, p. 228). La conciencia del otro es lo que deseamos capturar: su atención, su deseo, su mundo. No basta con estar presentes en su vida; queremos ocuparla entera. El amor no es solo cariño, es *una exigencia de significación absoluta*. “El amante quiere ser ‘el mundo entero’ para el ser amado... él es el que resume y simboliza el mundo, es un esto que incluye todos los demás ‘estos’; es objeto y acepta serlo” (Sartre, 2003, p. 228). Queremos que el otro nos mire como la totalidad de lo que existe, y en ese intento

podemos dejar de ser nosotros mismos. Cedemos, nos adaptamos, nos disfrazamos, con tal de no ser abandonados.

Y, aun así, esa totalidad que buscamos no puede construirse desde la propiedad. Sartre lo señala como: “La noción de ‘Propiedad’, por la cual tan a menudo se explica el amor, no puede ser primera” (Sartre, 2003, p. 228). *Queremos que el otro nos pertenezca*, sí, pero no como objeto, sino como *libertad rendida*. Buscamos algo más delicado y más trágico: una libertad que, pudiendo no hacerlo, elija quedarse. “En el amor, no deseamos en el prójimo ni el determinismo pasional ni una libertad fuera de alcance, sino una libertad que juegue al determinismo pasional y quede presa de su juego” (Sartre, 2003, p. 228). ¿No es eso el amor que idealizamos? Que alguien nos diga: “Puedo irme, pero me quedo. Puedo no amarte, pero te amo”.

La paradoja existencial ¿Cuánta libertad ofrecer a cambio de amor?

Pero incluso esa elección es sospechosa. Porque, en el fondo, queremos que no sea realmente una opción. *Deseamos que el otro no pueda no amarnos*. Esta es la paradoja existencial del amor radica en que el amor busca que el otro reconozca y ame a quien ama, pero en ese proceso, cada uno pierde cierta libertad al depender del reconocimiento del otro. Esto puede interpretarse como una forma de alienación², ya que el amor implica una dependencia de la libertad del otro y una pérdida de autonomía, creando una tensión entre la libertad y la necesidad de ser amado. “Así, nos aparece que amar es, en su esencia, el proyecto de hacerse amar” (Sartre, 2003, p. 233). Amamos como forma de ser amados. Amamos, a veces, como estrategia de validación. Y lo hacemos con intensidad, con urgencia, porque sin esa validación corremos el riesgo de sentirnos vacíos. “Su amor no se distingue de esta empresa de seducción” (Sartre, 2003, p. 231). Seducimos para no desaparecer.

Y, sin embargo, incluso cuando no somos correspondidos, incluso cuando somos rechazados, seguimos amando. Porque amar también es aceptar la

² *Alienación*, no en el sentido marxista de enajenación socioeconómica, sino en su raíz etimológica del latín *alienatio*, que remite al acto de “convertirse en otro” o “volverse ajeno a sí mismo”. Aquí se refiere a la experiencia de extrañamiento interior, de sentirse desplazado o descentrado respecto de uno mismo.

libertad del otro de no amarnos. “El amor, así exigido al otro no puede pedir nada: es puro compromiso sin reciprocidad” (Sartre, 2003, p. 233). Esa es quizás una de las verdades más dolorosas del amor: podemos darlo todo sin recibir nada. Y eso, incluso así, sigue siendo amor. Porque “en realidad, lo que el amante exige es que el amado haya hecho de él una elección absoluta” (Sartre, 2003, p. 230), aunque esa exigencia quede flotando en el vacío.

Es entonces cuando aparece el amor como capacidad de destruirnos. Porque en nombre del amor llegamos a sacrificar nuestra libertad, nuestra autenticidad³, nuestra voz. Nos perdemos por no perder al otro. Nos escondemos detrás de máscaras, negamos nuestras necesidades, dejamos de lado nuestros deseos. Todo con tal de ser elegidos. “Para que el amado pueda amarnos, ha de estar dispuesto a ser asimilado por nuestra libertad” (Sartre, 2003, p. 231). Pero ¿y nosotros? ¿Cuánto estamos dispuestos a entregarnos hasta dejar de ser?

El amor, en la visión de Sartre, se convierte en un espejo donde buscamos encontrarnos, pero que a veces solo nos devuelve una imagen deformada. Porque el otro no es una extensión de nosotros: es otro. “El amor tiene por ideal la apropiación del prójimo en tanto que prójimo, es decir, en tanto que subjetividad que mira” (Sartre, 2003, p. 232). Y ser mirada por otro implica ser también convertidos en objeto. Queremos ser libres y al mismo tiempo ser vistos, reconocidos. Pero ese reconocimiento puede ser también prisión. “Las relaciones amorosas son un sistema de remisiones indefinidas análogo al puro ‘reflejo-reflejado’ de la conciencia” (Sartre, 2003, p. 233).

¿Y qué pasa cuando la ilusión se rompe? ¿Qué ocurre cuando el otro ya no nos ama o cuando nunca nos amó? “La ilusión, el juego de espejos que constituye la realidad concreta del amor, cesa de pronto” (Sartre, 2003, p. 234). Pero incluso entonces, el amor no desaparece. Porque amar también es perder. Es aprender a soltar, a aceptar la imposibilidad. Es continuar deseando incluso sabiendo que no seremos correspondidos / desear no es amar. Es mirar al otro y no exigirle nada más que su libertad, aunque esa libertad no nos escoja.

³ *Autenticidad*, no en el sentido específico que le da Heidegger como la apropiación del ser en el horizonte del “ser-para-la-muerte”, sino en su sentido etimológico, proveniente del griego *authentikós*, que remite a lo “genuino”, lo “propio”, lo que emana del origen o del propio ser sin falsedad ni imitación.

“El amor no puede nacer en el ser amado, pues, sino en cuanto éste experimenta su Propia alienación y fuga hacia el otro” (Sartre, 2003, p. 233). Es decir, el amor nace del desbordamiento, del abandono de uno mismo en el otro. Es una entrega radical. Una apuesta sin garantía. Una forma de abrirse sabiendo que el otro puede no cuidar lo que le damos.

Por eso cada amor es distinto. Porque cada uno ama con sus heridas, con sus fantasías, con su historia. “Sabido es que, en la terminología corriente del amor, el amado es designado con el término de elegido” (Sartre, 2003, p. 230), pero lo que hace a alguien ser *el elegido* es el modo en que nosotros le damos valor. Nadie ama igual. Incluso el amor más intenso puede desgastarse, puede destruirse a sí mismo porque el amor si lo entendemos como un acto libre que necesita espacio. Necesita aire. Y muchas veces no se lo damos porque vemos al otro/a como un objeto a poseer, cosificamos en nombre del amor y eso genera esta alienación o como una falsa.

El amor como una categoría del ser humano

Llegado a este punto, es inevitable admitir que, aunque el amor haya sido expuesto como una tensión, una lucha y una herida abierta en nuestra libertad, no deja de ser, también, una de las experiencias más necesarias de la existencia humana. Incluso cuando se presenta de forma brusca, desbordante, inestable, el amor ocupa un lugar esencial en la manera en que nos relacionamos no solo con otros, sino con nuestra propia identidad. Aun cuando se nos impone como vértigo, también nos llama como posibilidad.

Amar no es salvarse. Amar es aceptar que podemos ser heridos. Que podemos perdernos. Que podemos ser rechazados. *Amar es, también, un modo de ser en el mundo.* “El amor aparece como un modo del ser en el mundo, es decir, como una relación fundamental del para-sí con el mundo y consigo mismo la mujer no representa sino un cuerpo conductor situado en el circuito” (Sartre, 2003, p. 345).

Y quizá esa sea la revelación más dura: amar no es algo que hacemos para encontrar al otro. Es algo que hacemos para encontrarnos en el reflejo que el otro nos devuelve, aunque ese reflejo a veces esté roto. El amor es ese

espacio entre el deseo y la imposibilidad, entre el anhelo de pertenecer y la necesidad de dejar ir.

El miedo que sentimos al amar no es casual ni superficial. Proviene de una conciencia muy íntima: amar nos implica. Nos expone ontológicamente, porque muestra nuestro ser más íntimo cuando es auténtico. Nos exige mostrar lo que somos sin garantías de que será comprendido o acogido. Porque amar, desde su dimensión más profunda, no se limita a ofrecer algo al otro, sino a ofrecernos enteramente, con nuestras dudas, nuestras historias, nuestras formas imperfectas de habitar el mundo. En ese gesto, el temor se instala: el temor de no ser vistos, de ser rechazados, de perder lo que tanto nos costó construir de nosotros mismos.

Pero es justamente allí donde el amor se vuelve también posibilidad creadora. Porque cuando alguien nos mira y ve nuestra desnudez ontológica y lo contempla, lo aprecia, lo abraza... entonces ocurre algo radical: sentimos que nuestra existencia ha sido validada. Que lo que somos es celebrado. Y eso transforma el amor en un terreno fértil, no para perdernos, sino para crecer. Amar puede ser el principio de una expansión de lo que somos, no una renuncia. En vez de limitarnos, puede potenciarnos.

Aceptar el amor en la forma que plantea Sartre, no es solo reconocer en aquellas esperadas o idealizadas, sino abrirnos también a nuevas formas de comprensión del otro y de nosotros mismos. Se manifiesta en el reconocimiento y respeto de la libertad del otro, lo cual es, un acto de amor.

A lo largo de la historia, el ser humano ha intentado comprender, definir y encerrar en fórmulas racionales esa experiencia inasible que es el amor. Poetas, filósofos, artistas, científicos... todos han dado diferentes posturas y discusiones acerca de la experiencia del amor. Y quizás la variedad de tesis sobre el amor sea porque el amor al ser una experiencia existencial, fundamento de un modo de ser en el mundo según lo anteriormente expuesto, además de una práctica tantas definiciones de amor como tantos que lo experimentan. Nadie ama igual. Cada quien ama desde lo que es, desde lo que vivió, desde lo que anhela. Y esa singularidad hace que todo intento de conceptualizar el amor de manera total termine siendo, necesariamente, incompleto.

Pero tal vez ahí esté su belleza. En esa imposibilidad de reducirlo, en esa resistencia que tiene a ser clasificado. El amor no se deja atrapar del todo porque no está hecho para obedecer. Por eso se teme, pero también por eso se busca. Y aunque a veces duela, aunque no siempre sea correspondido como se espera, aunque nos empuje a lugares incómodos y vulnerables, también es cierto que sin amor algo esencial nos falta. Porque en el fondo, amar no es otra cosa que la expresión más radical de nuestra apertura al mundo, al otro, a lo desconocido.

Amar con miedo no es amar mal. Es, quizás, amar desde la conciencia profunda de lo que está en juego. Es aceptar que hay riesgo, que no hay garantías, que podemos salir heridos. Pero es también apostar a que, en ese salto, algo en nosotros se transforma. Amar, incluso cuando no somos amados, puede revelarnos partes de nosotros que de otro modo seguirían dormidas. Y si bien no se puede exigir reciprocidad, sí se puede encontrar sentido en el hecho mismo de haber amado.

En última instancia, el amor no es solo una emoción, ni una elección fría, ni un sacrificio. Es una forma de ser en el mundo. Es, en ocasiones, un acto de resistencia frente al cinismo. Un acto de creación frente al vacío. Y un acto de fe en el otro y en nosotros mismos. Aceptar el amor, vivirlo con intensidad, respetarlo en todas sus manifestaciones es permitirnos sentirnos vivos en lo más profundo. Quizás no se pueda explicar del todo. Pero se puede habitar. Y al hacerlo, permitir que el amor, aun con sus contradicciones, nos complete.

El amor como lugar de fe, temor y elección

El amor, en todas sus formas, es quizá la manifestación más radical de nuestra apertura al otro. No es una garantía ni un refugio seguro: es una apuesta, una entrega sin red, una praxis existencial libre donde se pone en juego nuestra libertad, nuestra vulnerabilidad y también nuestra verdad. Amar, en el fondo, es un acto de fe: confiar en que el otro nos reciba, aunque no tengamos certeza de ello, y sabernos humanos precisamente en ese gesto de ofrecernos sin garantía.

Aun así, muchas veces sentimos miedo. Miedo a amar de verdad, a lo que implica abandonar ciertas seguridades que el yo construye para protegerse. Miedo a entregarnos tanto que terminemos vacíos, miedo a que el amor se

vuelva rutina, a perdernos en la costumbre, a darlo todo hasta que ya no quede nada. Pero aceptar ese miedo no es signo de debilidad, sino parte del amor mismo. Porque amar es, también, aceptar que estamos vivos. Que hay algo en nosotros que todavía late, que todavía quiere arriesgarse, aun sabiendo que puede salir herido.

Amar es dejar de pensar solo en el yo, para construir un nosotros. No como fusión total ni como pérdida de identidad, sino como convivencia frágil entre dos libertades que se eligen sin dejar de ser ellas mismas.

La paradoja del amor, esa tensión entre el deseo de poseer y la necesidad de dejar ser, no se resuelve: se habita. Superarla no significa negarla, sino sostenerla con madurez. Amar libremente es aceptar que el otro puede irse, y aun así decidir amar. Es convivir con la posibilidad del rechazo, con la certeza de la pérdida, sin que eso anule el deseo de ofrecerse.

Porque allí donde hay amor, hay humanidad. Y tal vez, si algo puede preservarnos del vacío, de la indiferencia o del absurdo, es esa posibilidad profundamente humana de abrirnos al otro sin pretender dominarlo, de reconocer su libertad sin exigir pertenencia, y de sostener, a pesar del temor, el vínculo frágil y valiente de dos existencias que se rozan sin anularse.

Referencia:

Sartre, J. P. (2003). *El ser y la nada*. (J. Lebasí, Trad.). Edición Losada.